

DE CANTOS Y CANTOS

-¿Qué te pasó Juan?

- Nada.

- Tienes una herida en la mejilla derecha, es grande.

- Ya me la suturaron. Va a quedar bien.

- ¿Quién te la hizo? ¿Por qué?

- Olvídalo como yo ya lo olvidé.

- Te va a quedar una cicatriz toda la vida.

- No pasa nada. Agustín Lara la tuvo y hasta le sirvió. Eso le dio personalidad.

- Pero tú no eres Agustín Lara, ni siquiera sabes cantar o componer canciones.

- Él tampoco cantaba. Él decía sus canciones. “Mujer, mujer divina, tienes el perfume que fascina en tu mirar, mujer alabastrina...”

- Dime qué te pasó que me muero de curiosidad.

- Pues te vas a morir porque no pienso contarte nada.

Y sí, nada le contó a su mejor amigo. Éste, molesto, no volvió a dirigirle la palabra...no, no por siempre, sino hasta que se reunieron como todos los viernes en el bar para tomar algunas copas y tratar de seducir a turistas que llegaban por parvadas a ese sitio. Ahí le volvió a insistir para que le relatara lo sucedido. Al negarse Juan, su amigo, que se llama Anselmo, le dijo que él lo iba a descubrir por su cuenta, que ni que fuera tan difícil saber quien le había rajado la cara. Y así Anselmo pasó lista a todos sus conocidos buscando el motivo por el que pudieron cortarle la cara a Juan. Rodolfo había sido estafado, Juan le debía dinero, pero no tanto como para hacer eso. Matías, un chavo gay que andaba tras los huesitos de Juan, por ponerle un nombre a las nalgas, nunca se atrevería, era muy fino y no se iba a manchar de sangre. Pedro si podía hacer eso y mucho más pero no encontró motivo para que lo

llevara a cabo. Se pensó a sí mismo cortando la piel, la grasa y los tejidos más profundos de la faz de su amigo. Muy en secreto se dijo que él también se la pudiera cortar, con la diferencia de Pedro de que él si tenía muchos motivos para hacerlo. Juan tenía un puesto más elevado que el suyo, Juan tenía más dinero que él, Juan es el simpático en las fiestas, Juan ha tenido más mujeres que él, Juan...La lista era interminable. Pero no lo había hecho, de eso estaba seguro. ¿Si no fue alguno de los amigos y conocidos quién más pudo ser?, se preguntaba sin obtener respuesta. Ya en la cama donde siguió reflexionando llegó a la conclusión que no fueron los amigos o simples conocidos, por fuerza tenía que ser una mujer. Y muchas de esas sí tenían motivos sobrados para hacerlo. Juan nunca le cumplió a ninguna, ni les dio su nombre al casarse con ellas, ni les dio dinero, ni joyas, ni viajes y tampoco reconoció a dos hijos que ellas juraban que eran de él. Juan a todas las mujeres las utilizaba y después las dejaba de lado, como cosas. ¿Cuál de ellas le cortó la cara y con qué? ¿Con un cuchillo, con unas tijeras o simplemente con una uña afilada? Esto último es lo que más le gustó. Ya veía a la mujer furiosa enterrándole la uña y después, lentamente irla bajando para cortar esos seis centímetros de longitud. Lo que no se explicó es cómo no se le infectó la herida pues dicen que las mujeres contaminan todo lo que tocan. O a la mejor sí se infectó y él no lo supo. La siguiente vez que vio a su amigo le preguntó nuevamente que quién lo había tasajeado. Juan volvió a mostrar hermetismo. Está bien, dijo Anselmo. No me lo digas...por ahora. Te voy a proponer algo. Tengo una chava que está buenísima, pues bien, te la presento, yo pago la primera cena que tengas con ella en el restaurante que tú elijas, pero me vas a decir en este mismo instante qué te sucedió. Ya tengo muchas noches sin poder dormir pensando en quién pudo ser. Luego tú no cumples lo que prometes, contestó Juan. Mira, dijo Anselmo, ahorita mismo te doy un cheque por la cantidad que

me digas para pagar la cena y te doy el teléfono de Arlette, que es la chava de quien te hablé. Está bien, dame ambas cosas, pidió Juan. Ya dadas procedió a contar su historia. Es una simple historia de celos, una de las miles que suceden todos los días en el mundo, suceden en Nueva York, en París, en Moscú, en Buenos Aires, en Sydney, en...¡Basta!,le interrumpió el amigo, vas a acabar nombrando todas las ciudades del mundo, es suficiente con que digas que suceden en cualquier parte y punto. Si vas a estar interrumpiéndome a cada instante mejor ahí le paramos, reclamó Juan. Sigue, pidió Anselmo. Pues bien. Hará cosa de un mes que fui al bar Boroco...¿No que no ibas a ir? Me dijiste que ese día no ibas a salir de la casa. Me mentiste, reclamó Anselmo. Quería ir solo, aseguró Juan. Sigo. Entré al bar, me senté cerca de la pista, pedí un whisky, en las rocas como a mí me gusta. ¿Eso ya lo sabes, no? Bueno, me lo traen, lo bebo lentamente. Sale un cantante nuevo, un joven apuesto con buena voz y con seguridad en su trabajo. Empezó a cantar y yo a mover sentimientos en mi interior, cosa que raramente me pasa. Como cuando abren una represa para que salga el agua así fueron saliendo todas mis frustraciones, mis miedos, mis odios, mis deseos. En ese momento supe que tenía que formar una pareja y con ella una familia, que no debía esperar un minuto más. Y no esperé. En una mesa cercana estaba una joven bella, demasiado bella para mi gusto ya que las mujeres muy bellas generalmente son idiotas, pero ella no. Me acerqué, ella se molestó. Le pedí que me permitiera sentarme un momento. Ella se negó. La amenacé con hacer un escándalo si no lo permitía. Al fin accedió. Yo le dije lo que me gustaba, el deseo de casarme y formar una familia, el tener una mujer que fuera mía para toda la vida. Y que esa mujer era ella. Y ella en respuesta a toda mi pasión me dijo que era casada y que su marido era el cantante que estaba en ese momento cantando la canción Amor, Amor, Amor. ¿Te acuerdas de ella? Va así: Amor,

amor, amor, nació de mí, nació de ti, de la esperanza, Amor...No pongas esa cara, continuó. Yo le dije que no me importaba, que para eso había divorcios, que ella era la única. En ese momento se acercó el cantante, me dijo que qué hacía ahí, que estaba molestando a su esposa. Yo le contesté que iba a ser mi esposa, que ya lo había decidido. La mujer no esperó y se fue, me imagino que al camerino, yo iba a ir detrás de ella pero el esposo me lo impidió. Nos gritamos, y él, ya furioso, me produjo la herida. Eso es todo, concluyó su relato.

-Pero con qué te hirió.

- Con el canto.

- Una canción no produce una herida, si puede hacernos llorar, sufrir, pero nada más.

- No hablé de canción sino de canto.

- ¿Te hizo esa herida cantando? Yo sé que algún cantante de ópera puede romper cristales por lo agudo de sus notas, pero nada más.

- Tú no entiendes nada.

- Pues sí, no entiendo nada.

- El cantante me hizo la herida con el canto...

- Ya lo dijiste.

- ¿Me vas a dejar terminar o me largo?

- Está bien, termina.

- Reinicio. El cantante me hizo la herida con el canto de un cuchillo que tomó de la mesa. era muy delgado, casi filoso.

- ¿Canto?

- Sí, el canto, el canto de un cuchillo.

- No entiendo.

- Cuando llegues a tu casa ve lo que significa canto. Adiós. Me llevo el cheque y el teléfono. Que te sea leve, ignorante.

Tomás Urtusástegui

Enero 2006